

Documento núm. 13: *Jules Ferry y las razones de la expansión colonial francesa (Cámara de los diputados, 28 de julio de 1885).*

(...) Afirmo...que esta política colonial es un sistema así concebido, definido y limitado; que descansa sobre una triple base económica, humanitaria y política.

Desde una perspectiva económica, colonias para qué?... La forma primera de la colonización, es la que ofrece asilo y trabajo para la población en aumento de países pobres o aquellos con una población excedentaria. Pero existe otra forma de colonización: la que realizan los pueblos o con excedentes de capitales o con excedentes de productos. Y es ésta la forma moderna, actual, la más difundida y fecunda (...). Para los países ricos, las colonias constituyen, una inversión de capitales de lo más ventajosa (...). Yo digo que Francia, que siempre rebosó de capitales, exportándolos al extranjero en grandes sumas (...), tiene interés en considerar esta faceta de la cuestión colonial.

Hay, sin embargo, señores otro aspecto más importante de esta cuestión. Para los países consagrados por la natulareza de su industria a una gran actividad exportadora, como la nuestra, el tema colonial es la cuestión misma de los mercados. En los tiempos actuales y ante la crisis que atraviesan todas las industrias europeas, la fundación de una colonia, se convierte en la creación de un nuevo mercado (...). ¿No están ustedes sorprendidos del movimiento que, desde hace pocos años, apenas dos, se ha apoderado de la opinión pública en Alemania? (...). El gobierno alemán ha comprendido que debía ocuparse, ante la situación del mundo, de la problemática de los mercados: entonces con el vigor y resolución que sabe poner en todas las cosas, se ha lanzado, sirva esta expresión, a una política colonial.

Existe, señores, un segundo punto, un segundo orden de ideas, que debo igualmente abordar lo más rápidamente posible: la faceta humanitaria y civilizadora de la cuestión (...). Es preciso afirmar abiertamente que, en efecto, las razas superiores tienen un derecho con respecto a las razas inferiores (...), porque existe un deber hacia ellas. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores (...). ¿Puede alguien negar que desde que Francia realizó su conquista, existe más justicia, orden material y moral, más igualdad, mayores virtudes sociales en Africa del norte?. Cuando fuimos a Argelia para acabar con la piratería y asegurar la libertad de comercio en el Mediterráneo, ¿actuamos como forajidos, conquistadores, destructores? (...).

El señor Camille Pelletan ha suscitado, de inmediato, un tercer punto, más delicado, más grave, y en torno al cual pido permiso para expresarme con absoluta franqueza. Es el aspecto político (...). «Es un sistema, afirmaba ese diputado, que consiste en buscar compensaciones en Oriente frente a la reserva y repliegue que se nos ha impuesto actualmente en Europa» (...). La verdadera pregunta, señores, la pregunta que es preciso plantear, y plantear en términos claros, es ésta: el recogimiento que se impone a las naciones afectadas por grandes desgracias debe resolverse con abdicación (...)?; los gobiernos que han heredado esa desgraciada situación están condenados a no tener jamás una política europea (...)?; dejarán a cualquier otro que no seamos nosotros establecerse en Túnez?; a cualquier otro que no seamos nosotros realizar las funciones de policía y control en la desembocadura del río Rojo?; dejarán a los otros disputarse las regiones del Africa ecuatorial?. Dejarán que otros solucionen los asuntos egipcios que, por tantos distintos motivos, son cuestiones tan genuinamente francesas? (...).

Yo digo que la política colonial de Francia, la política de expansión colonial, la que nos ha pertimido ir, durante el Imperio, a Saigón, a Conchinchina, la que nos ha

conducido a Túnez, la misma que nos ha llevado a Madagascar, yo digo que esta política de expansión colonial se ha inspirado en una verdad sobre la cual es preciso llamar un instante vuestra atención: a saber, que una flota naval como la nuestra no puede carecer, en la superficie de los mares, de sólidos refugios, defensas, centros de abastecimiento y avituallamiento (...). Ustedes saben que un navio de guerra hoy no puede transportar, por muy perfecta que sea su organización, más de catorce días de carbón, y que sin carbón un navío es un residuo en los mares, abandonado al primero que lo ocupe (...). Por eso necesitamos Túnez; por eso mismo nos era preciso Saigón y la Conchinchina; es por eso que Madagascar nos es necesaria (...).

Señores, ante la Europa presente, ante esta competencia de tantos rivales que vemos crecer a nuestro alrededor, unos por los perfeccionamientos militares o navales, otros por el aumento prodigioso de una población en incesante crecimiento; en una Europa, o mejor, en un universo así establecido, la política de repliegue o abstención, abre el camino de la decadencia!. Las naciones, en el tiempo que vivimos, sólo son grandes por la actividad que desarrollan (...). Resplandecer sin actuar, sin mezclarse en los asuntos del mundo, marginándose de todas las combinaciones europeas, mirando como una trampa, como una aventura toda expansión hacia Africa o hacia Oriente, vivir así, para una gran nación, créanlo ustedes, es abdicar (...).

Fuente: Laran, M., y Willequet, J., *Recueils de textes d'histoire. L'époque contemporaine (1871-1965)*. Paris, H. Dessain, 1969, pp. 165-167.

Documento núm. 14: *Discurso de Bismarck sobre los principios de su política diplomática (Reichstag, 11 de enero de 1887).*

Señores:

A ninguno de ustedes se le escapará la gravedad de los momentos que vivimos. Todos los grandes Estados europeos inician, velozmente, preparativos ante la previsión de un futuro incierto. El mundo entero se pregunta si la guerra va a estallar. Creo, señores, que ningún gobernante deseará asumir la inmensa responsabilidad de provocar el incendio que se incuba en todos los países. Los gobiernos poderosos son una garantía de paz. Sin embargo, las pasiones populares, la ambición de los líderes de los partidos, una opinión pública mal guiada por ciertos escritos o discursos son factores, entre otros, que pueden doblegar la voluntad de los gobernantes. ¿No hemos visto, acaso, cómo las crisis bursátiles pueden desencadenar la guerra?. Si, en esta tensión política, existe un Estado capaz de trabajar por el mantenimiento de la paz, es Alemania. Alemania, que no está directamente interesada en los asuntos que alteran a las otras potencias; Alemania que ha demostrado —desde la constitución del Imperio— que no desea atacar a ninguno de sus vecinos, a menos que se vea obligada a ello.

Pero para llevar a cabo esta difícil y quizá ingrata misión, es necesario que Alemania sea poderosa y se arme como para la guerra. De esta manera, si somos empujados hacia la guerra contra nuestra voluntad, tendremos, al menos, los medios para defendernos. Ahora bien, si ustedes rechazan esta solicitud de crédito, significa, en mi opinión, la guerra a corto plazo. No tenemos instinto guerrero. No necesitamos una guerra; somos de ese género de Estados que el príncipe de Metternich calificaba de «Estados saciados». No deseamos nada que haya que obtener por las armas. Y si fuera así, observen qué actitud pacífica, tanto en el exterior como en el interior del país, ha sido la política imperial durante los últimos dieciseis años.